

Tinder y el pudor en los bonobos

*Sobre la transmisión
del conocimiento
científico a la
sociedad. ¿Cómo
podemos valorar el
rigor de un artículo
científico?*



Texto: Cristina Cánovas y
Antonio G.Valdecasas

En el nº 20 de esta revista, Gonzalo Rodríguez Ruiz escribe un artículo titulado **¿Un Tinder para lagartijas? Con el subtítulo ‘¿En qué se parece la elección de pareja en lagartijas y humanos?’ En este ensayo reflexionamos sobre la transmisión del conocimiento científico a un público no especializado**

Rodríguez Ruiz se hace eco de un trabajo en el que mencionan dos variables en relación al comportamiento de selección de pareja en humanos a través de Tinder: ‘tiempo en decidir si contactaban con la potencial pareja tras un match’ y ‘número de likes por fotografía vista’, lo que lleva a los autores a concluir que las mujeres, dentro de esa aplicación, ‘son más selectivas que los varones’. El trabajo de referencia fue presentado en ASONAM 2016 (no ANOSAM 2016 como figura en su artículo) y el texto debido a Tyson y cols. se puede descargar como [‘preprint de arXiv’](#).

Lo que sigue es un análisis del ‘preprint’ de Tyson y cols. y las posibles implicaciones para el ensayo de Rodríguez Ruiz.

Tinder es una aplicación (app) de citas por móvil introducida en 2012. Los perfiles personales que presenta son muy limitados: nombre, edad, intereses y una nota que no debe superar los 500 caracteres. Esta nota puede indicar aspectos biográficos, gustos o cualquier otro dato que uno quiera imaginar. También puede no poner nada. El usuario/a especifica las características de su deseable ‘contacto’, en edad y género, y escribe una breve descripción propia. Un usuario puede especificar personas de edad semejante o muy

diferente a la suya y con qué géneros desea contactar. Incluso puede poner fotos y datos que no se corresponden con la realidad.

La situación era más sencilla antes de noviembre de 2016, pues a partir de esa fecha Tinder decide que la identidad de género como variable analítica pasa a convertirse en una variable identitaria, y ha empezado a admitir otros ‘géneros’ aparte de la dicotomía clásica. Asunto importante, no sólo poblacionalmente, sino a título individual. Si esta opción hubiera estado activa en 2014, Michael Phelps, ganador de 28 medallas olímpicas en natación, podría haber sabido con antelación que Taylor Lianne Chandler era un/a intersexo y haber decidido con mayor conocimiento de causa si quería o no tener una aventura con él/ella (actualmente **Tinder acepta 37 identidades de género**).

Cuando un usuario activa la aplicación aparece su localización en el servidor de Tinder, que le devuelve un conjunto de perfiles que se ajustan a lo deseado por el usuario y dentro de una distancia determinada (máximo de 100 km). A continuación, el usuario recibe una imagen de otro usuario cercano, que tiene dos botones, uno con una ‘cruz’ y el otro con un ‘corazón’. Esto le per-

mite decidir si ‘quiere’ (corazón-like) o no quiere (cruz-dislike) el perfil que le ha mostrado Tinder. Si dos usuarios dicen ‘corazón’, entonces ambos son notificados. Si no coinciden, no hay señal. A partir de aquí, los dos que han coincidido en un ‘corazón’ (match) pueden mandarse mensajes con la aplicación. No hay medio de saber qué es lo que un usuario desea por un ‘quiere’, y Tinder se puede usar desde para **robar a un incauto/a**, buscar una amistad o quedar a matar marcianos. Así que, aparte del ‘like’, Tinder no deja ver cuál es la intencionalidad del usuario/a, aunque muchos asumen que es exclusivamente sexual.

Población en estudio y Metodología

Tyson y cols. crearon 14 perfiles en total. Seis de ellos (tres hombres y tres mujeres) con fotos de un ‘stock’ libre de copyright y sin biografía, fueron usados en Londres. Cuatro perfiles adicionales



Ejemplo de los perfiles en Tinder con algunas de las imágenes que se utilizaron en el estudio





Veraneantes en Benidorm, Alicante. / Agencia EFE

les con fotos de personas reales (dos hombres y dos mujeres) fueron usados en la ciudad de Nueva York. Las fotos de stock de Londres son accesibles, las de las mujeres y hombres de Nueva York no figuran. Puede haber algo raro en ello, pues uno de los hombres de NY recibió 1.568 matches y el otro sólo 234. *¿Quasimodo habemus?*

A ellos añadieron dos perfiles sin foto y otros dos perfiles deshabilitados (un hombre y una mujer en cada uno). Estos últimos se asume que juegan el papel de ‘control’, una medida basal que da idea del ‘ruido’ del sistema. Los 14 perfiles tenían una sola imagen facial y no incluían biografía alguna. Además, eran caras ‘caucásicas’. El trabajo se circunscribió a las dos ciudades mencionadas.

Una de las variables en estudio fue si las mujeres tardaban más en contestar a los mensajes tras un *match*, asumiendo que, si esto era así, ‘se lo estaban pensando’ y no preparando oposiciones u otro tipo de tarea... y por ende eran más selectivas.

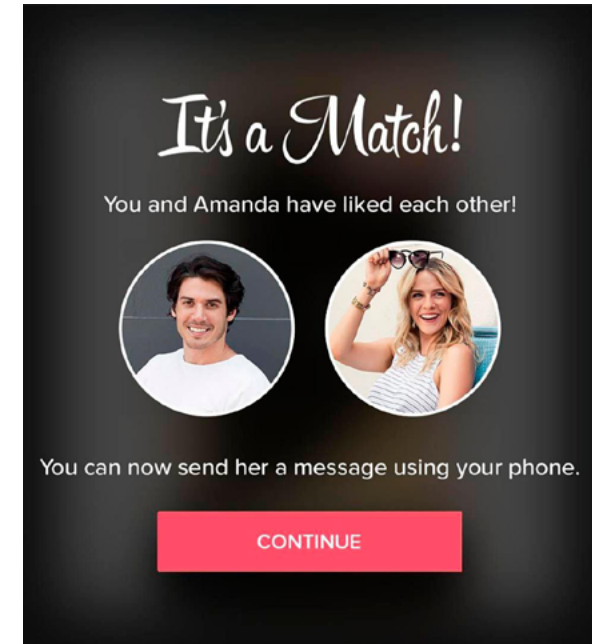
“El estudio asume que si las mujeres tardaban en contestar tras un match ‘se lo estaban pensando’ y no preparando oposiciones u otro tipo de tarea”

Resultados

Entre todos los resultados que analizan Tyson y cols., figuran los tiempos ‘pico’ de uso diarios, las dis/concordancias de género en *matches* y los tiempos de respuesta. Entresacamos que ‘el 86% de todos los *matches* de sus perfiles masculinos se recibían de otros hombres’, importante en relación a las potenciales progenies, sin duda. Y, efectivamente, los perfiles femeninos se lo pensaban un poco más que los masculinos, para contestar a un mensaje después de un *match*. El promedio de longitud de los mensajes masculinos era de 12 caracteres. ‘Hola que tal’ son 12 caracteres, incluyendo los espacios. Preferimos no pensar en los que sólo tuvieran cuatro. Por lo demás este trabajo que citamos es bastante ‘clumsy’ que dirían los ingleses, y ha llevado cierto esfuerzo desenredar lo expuesto, que es sólo una parte del total.

Hipótesis alternativa.

En una sociedad hedonista como la estudiada, el factor ‘placer’ antes que el factor ‘descendencia’ puede que sea la motivación de si me arriesgo al contacto con alguien con quien me lo



Ejemplo de un ‘Match’ en Tinder.

puedo pasar bien o dar con un energúmeno que me lo puede hacer pasar muy mal e incluso hacerme desaparecer del mapa. Por eso, como dice Lewontin en un corto ensayo en *Nature* (1985, 314: 682 – 683): “Si la biología va a ser relevante para reorganizar la sociedad, debe ser por la biología de lo que está en nuestras cabezas, no por lo que está en nuestras gónadas”.

Puestos a opinar, y citando a **Alexandra Palmer** “...está en la naturaleza de Tinder, expulsar a los que buscan una relación más seria, los que persiguen la idea de formar una relación de larga duración.”





PASOS EN EL ANALISIS

Delimitación del problema, hipótesis o pregunta.	→	¿Son los humanos semejantes a las lagartijas en su comportamiento de apareo?
Variable(s) en estudio	→	Tiempo de respuesta a un estímulo masculino/femenino
Población en estudio	→	Londres y Nueva York (ciudad)
Muestreo [¿representativo?]	→	Respuesta en Tinder a 3 caras femeninas y 3 masculinas (Londres). Dos caras masculinas y dos femeninas (Nueva York) Más 4 controles.
Tratamiento estadístico	→	Descriptivo, fundamentalmente. Test Kolmogorov_Smirnov sobre una variable...
Resultados	→	Pico uso diario Tinder Dis/Concordancia género matches Tiempo de respuesta tras un match
Hipótesis alternativa	→	¿Seguridad personal?
Conclusión	→	Los bonobos carecen de vergüenza

En un estudio como el que aquí se analiza, se hace necesario considerar otras hipótesis alternativas que puedan dar razón a la variable en estudio. En nuestro caso, el tiempo de 'demora' en contestar a un 'like' por parte de la mujer, se justifica en el trabajo de Tyson porque es más selectiva. Claro que esa selectividad puede que no tenga que ver directamente con la esperanza de una gran calidad de la futura progenie, sino con la simple esperanza de vida (que obviamente está relacionada con la existencia de progenie, si una sobrevive a una relación criminal). Son Londres y Nueva York dos ciudades donde, según las estadísticas oficiales, ha habido un aumento en ataques a mujeres de entre el 5% y el 20% en los últimos años. Podría ser, entonces, que la demora en la respuesta femenina sea simplemente una medida de precaución sobre la integridad personal.

Dicho lo cual, en el siguiente diagrama (Fig. 1) mostramos de forma simplificada el proceso analítico de cualquier hipótesis científica, con el ejemplo que venimos comentando, y que cada cual digiera la conclusión a su gusto; es otra forma de decir que la intencionalidad de un acto está en la mirada del observador, a menos que se pregunte a cada uno de los participantes.

Qué duda cabe que la comparación de nuestro comportamiento de cortejo o nuestro sistema de elección de pareja con el de las lagartijas, grupo de vertebrados con el que compartimos un antecesor común de hace varios cientos de millones de años, puede ser un objeto de estudio. También si decidimos compararlo con el de las gambas o los cangrejos de río, por más que con estos dos últimos el antecesor común se sitúa muchos más millones de años ha. Las semejanzas entre organismos de distintas especies se pueden deber a que comparten una característica homóloga, que en la cadena antecesor–descendiente en ambas ramas (lagartijas y humanos) no se ha perdido en ninguno de los eslabones sucesivos. Si el patrón de comportamiento se ha perdido y ganado a *posteriori* o adquirido de forma independiente, se podría decir que estamos ante una convergencia evolutiva. Hay otro escenario que puede dar cuenta potencial de este patrón de semejanza, y es que en condiciones 'estructurales equivalentes' (a definir en su momento), diferentes tipos de organismos tengan comportamientos de elección de pareja semejantes,

“La dicotomía es asumir pasivamente lo que los noticiarios nos transmiten o adoptar una estrategia activa que analice críticamente esa información”





“El tamaño y procedencia de la muestra utilizada, la legitimidad de la revista que publica la investigación o el rigor en la toma de datos determinan la fiabilidad de las investigaciones”

sean infusorios u otros.

No obstante...

Más que nunca, se puede decir que vivimos en un océano de información. Si nos restringimos al ámbito de lo que denominamos ciencia, la cifra de artículos científicos en inglés y en revistas indexadas publicada anualmente ronda alrededor de los 3 millones (STM Report 2018). A eso habría que añadir todos los soportes ‘mediáticos’ que transmiten alguno de esos contenidos científicos. Participamos de ese metabolismo cognitivo, sin necesariamente digerir por igual los contenidos: salvo en nuestra especialidad científica (si es que practicaremos alguna), somos puros legos receptivos.

Mucho de lo que se hace en ciencia carece de interés inmediato para nosotros. Podemos ser aficionados a la cosmología, e interesarnos por la polémica sobre la hipotética existencia de universos paralelos, materia interesante para sobremesas veraniegas. O enfrentarnos a decidir nuestro voto si leemos un estudio donde se afirma que la pena de muerte disminuye los asesinatos. En este último caso, la dicotomía es asumir pasivamente lo que los noticiarios nos transmiten o adoptar una estrategia activa que analice críticamente esa información. Para esto último es ineludible que acudamos al propio artículo científico sobre el

que se basa la noticia.

¿Merece la pena este esfuerzo? La respuesta es sí, cuando el asunto nos afecta directamente o nos produce dudas ‘existenciales’ acerca de la razón de nuestro comportamiento. Habrá que tener en cuenta, sin embargo:

- a) El rigor en los datos y el análisis de resultados, eso que llamamos deontología y parece que falta en parte de lo que se publica en revistas académicas,
- b) El tamaño y procedencia de la muestra utilizada por el/los autores y los conflictos de intereses, importantes, por ejemplo, en los trabajos subvencionados por las compañías farmacéuticas,
- c) La legitimidad de la revista en la que se ha publicado el artículo. Hay revistas más rigurosas y otras menos; además, recientemente han surgido las que se denominan en el ámbito de la ciencia “revistas predatoras”, que publicarán cualquier cosa, con tal de que pagues por ello.
- d) El cientificismo como extrapolación e hipérbolo de las interpretaciones más allá de lo que permiten los datos,
- e) La politización de la ciencia, muy presente actualmente en la polémica sobre el cambio

climático, y

- f) La comparación con otros estudios realizados o posibles réplicas del mismo, entre otras.

Lagartijas y humanos

¿Es posible que lagartijas y humanos compartamos patrones de selección de pareja equivalentes? Pudiera ser, pero el trabajo de Tyson y cols. sobre Tinder aquí analizado no aporta un resultado concluyente, así que la pregunta sigue pendiente.

Mucho antes que Tinder se pusiera de moda, una parte importante de la población occidental había adoptado comportamientos que claramente se podrían asimilar a pautas comunes con lagartijas. No había más que visitar durante los días soleados de verano las playas del litoral mediterráneo y contabilizar la cantidad de compatriotas tostándose al sol. Una idea del papel de la provitamina D en la evolución del calcio en nuestros huesos, que puede que no sea muy diferente al metabolismo de las lagartijas, podría dar paso a alguna hipótesis sugerente del mantenimiento de este comportamiento desde nuestro ancestro común. O no.

(Gracias a Azucena L. Márquez y L. Vaticón por las sugerencias.)

Referencias

Johnson, R., Watkinson, A., & Mabe, M. (2018). STM Report 2018. (S. Association, Ed.), STM Report 2018. Cambridge University Press. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>

